



ACADEMIA CANARIA
DE LA LENGUA

Archipiélago de las Letras

ALFONSO GARCÍA-RAMOS,

por Liti García-Ramos Medina

PRESENTACIÓN DEL AUTOR

Alfonso García-Ramos y Fernández del Castillo nace en Santa Cruz de Tenerife, en 1930 y fallece en 1980. Narrador y periodista. Licenciado en Derecho y titulado en periodismo por la Escuela Oficial de Periodismo de Madrid, fue redactor y director del diario tinerfeño *La Tarde*.

Además de sus escritos periodísticos escribe las siguientes novelas: *Las islas van mar afuera* (1957, inédita hasta 2024), *Teneyda* (1959), *Guad* (1971) y *Tristeza sobre un caballo blanco* (1980).

Quién es

Nacido el 24 de febrero de 1930 en Santa Cruz de Tenerife, cuando aún era un niño su familia se mudó a San Cristóbal de La Laguna, ciudad en la que habría de residir casi toda su vida. Tras cursar los estudios de enseñanza primaria en el Colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas (La Salle) y los de bachillerato en la academia “Tomás de Iriarte”, estudió los cuatro primeros años de la carrera de Derecho en la Universidad de La Laguna, licenciatura que terminó en la Universidad Central de Madrid.

Tras finalizar también los estudios en la Escuela Oficial de Periodismo de Madrid regresa a Tenerife y en 1959 se incorpora a la redacción del diario vespertino *La Tarde* de Santa Cruz de Tenerife, dirigido entonces por uno de sus fundadores, Víctor Zurita Soler. En abril de 1962 se traslada a Santa Cruz de La Palma para ocuparse de la reorganización y de la dirección de *Diario de Avisos* y en noviembre del mismo año regresa a Tenerife para reincorporarse a *La Tarde*, al tiempo que fortalece su participación en la radio, medio que le interesó sobremanera.

En noviembre de 1970 ocupa la subdirección de *La Tarde*, puesto en el que se mantiene hasta abril de 1974, fecha en la que accede a la dirección hasta su fallecimiento. También fue colaborador habitual en la redacción de la *Hoja del Lunes* de Tenerife.

Cuando en 1963 se crea en la Universidad de La Laguna la Sección de la Escuela Oficial de Periodismo de Madrid, se incorpora a la misma como docente, aunque también se involucró en su gestión, ocupando los cargos de secretario, subdirector y director en funciones. En su labor docente destaca la dirección de casi treinta tesinas a través de las cuales se rescatan



ACADEMIA CANARIA
DE LA LENGUA

Archipiélago de las Letras

capítulos esenciales de la prensa histórica del Archipiélago. Siempre defendió la creación de la Facultad de Ciencias de la Información y apoyó en el empeño al rector Jesús Hernández Perera quien durante su mandato en la Universidad de La Laguna tuvo la oportunidad de contribuir a la aprobación del decreto del Ministerio de Educación y Ciencia, de 13 de agosto de 1971, por el que se creaban las facultades de Ciencias de la Información en la Universidad española.

Los incidentes producidos en Madrid en 1956, a raíz del congreso de estudiantes escritores, le llevarán a incorporarse a la Agrupación Socialista Universitaria (ASU) y posteriormente al todavía clandestino Partido Socialista Obrero Español en donde participó en la década de los 70 en la redacción de *Avance*, publicación que mantenía viva la voz de los socialistas canarios en aquellos últimos años de la Dictadura.

Con la llegada de la democracia, renunció a la militancia para preservar su independencia como periodista, aunque nunca abandonó sus convicciones políticas.

En 1978 Alfonso García-Ramos fue elegido consejero independiente del Cabildo de Tenerife. Presidió la Comisión de Educación y Cultura desde la cual presentó propuestas y medidas que dejaron definidas las principales líneas de la política cultural que el Cabildo desarrollaría en los años siguientes.

Su vida estuvo siempre muy ligada al Ateneo de La Laguna, institución a la que perteneció desde 1960 y que presidió en varias etapas. En 1979, con motivo del 75º aniversario de la institución, fue distinguido como Presidente de Honor.

Entre marzo de 1974 y febrero de 1980 publicó cerca de mil cuatrocientos artículos en su columna *Pico de águilas*. El primero apareció poco antes de su nombramiento como director de *La Tarde* y el último se publicó un mes antes de su fallecimiento. Esta columna coincidió con un periodo decisivo en la historia de España: la Transición democrática, el proceso de recuperación de las libertades y la transformación de un Estado centralista en la España de las autonomías.

Falleció el 4 de marzo de 1980 en San Cristóbal de La Laguna.



Archipiélago de las Letras

Valor y significado de su obra

Alfonso García-Ramos perteneció a esa generación de escritores, nacidos entre 1920 y 1930, que empiezan a escribir en los años 50 y cuya obra supuso una renovación de la narrativa canaria.

Su vocación literaria se manifestó desde muy joven cuando con apenas catorce años empezó a escribir una primera novela, por entregas, que nunca llegó a terminar. Pocos años después escribiría en el periódico escolar de la Academia Tomás de Iriarte y años más tarde, ya siendo estudiante en la Universidad de La Laguna, colaboró muy activamente en la revista universitaria *Nosotros*. De esta etapa universitaria data su primer relato breve, *Romera*, publicado en 1952 en la antología *Cuentos nuevos* de Ediciones Rvmbos. En 1957 fue finalista del Premio Benito Pérez Armas con la novela *Las islas van mar afuera*, que presenta el problema de la emigración. Esta novela había permanecido inédita y que fue recuperada y publicada en 2024 por la profesora Thenesoya V. Martín de la Nuez, quien la calificó como “pieza perdida del rompecabezas” de la obra del autor.

Su trayectoria literaria comienza a consolidarse cuando en 1959 obtiene por su novela *Teneyda* el primer premio de novela corta Santo Tomás de Aquino del Distrito Universitario de La Laguna. La rápida acogida de esta novela, cuya edición se agotó en poco tiempo, puso en evidencia el interés de su propuesta narrativa. En 1973, en la conferencia “Mi novela y las características históricas”, pronunciada en el Ciclo sobre Narrativa Canaria organizado por la Universidad Internacional de Canarias “Pérez Galdós”, el autor subrayaba su intención de incorporar en *Teneyda* el lenguaje de los campesinos canarios, caracterizado por su expresividad y economía verbal. Asimismo, rechazaba la clasificación de la obra como “novela regional”, exponiendo que su propósito era tratar de profundizar en ese realismo del campesino canario pleno a la vez de escepticismo y ternura.

La madurez de su producción llega con *Guad* (1971), novela que recibió en 1970 el Premio Benito Pérez Armas. En esta obra, considerada por algunos críticos como el inicio de la renovación narrativa de la posguerra en Canarias, describe la lucha por obtener el agua en Tenerife, la vida de los trabajadores de las galerías de agua de la isla en relación con los intereses económicos que condicionaban la explotación de este recurso esencial. El vigor narrativo, la sobriedad de medios, la elusión de un fácil costumbrismo y su capacidad para conjugar la denuncia social con la preocupación formal confieren a esta novela una notable calidad reseñada por críticos como Domingo Pérez Minik, Jorge Rodríguez Padrón, José Domingo o Gregorio Salvador Caja que la sitúan como una obra de alcance universal dentro de la literatura en lengua española. En 2006 el actor y director Antonio Cifo registró un guion cinematográfico para esta novela.



ACADEMIA CANARIA
DE LA LENGUA

Archipiélago de las Letras

En 1979, García-Ramos obtuvo el *Premio Agustín Espinosa* por su novela *Tristeza sobre un caballo blanco*, publicada póstumamente en 1980. Esta novela, definida como una obra de “fantasía realista”, combina elementos mágicos, autobiográficos y sociales, articulando una reflexión sobre la identidad canaria desde tres perspectivas: las raíces guanches, el mestizaje con la España peninsular y la emigración hacia Latinoamérica. La obra fue adaptada al teatro por la compañía Samborombón-Teatro, con guion de Pascual Arroyo, escenografía de Gonzalo González y música de Alberto Delgado. Se estrenó en 1985 en el Teatro Guimerá de Santa Cruz de Tenerife.

En sus últimos años, escribía unas memorias a las que dio un título cargado de melancolía, *Cuando la yerba era verde*, proyecto interrumpido por su fallecimiento.

Su legado literario tiene un papel central en la configuración de la narrativa canaria contemporánea y en la articulación de un discurso literario que combina la dimensión social con la exploración estética.

Bibliografía

OBRAS DE ALFONSO GARCÍA-RAMOS

- 1960: *Teneyda*, Ediciones Isis, Tenerife
- 1971: *Guad.*, Ediciones Nuestro Arte, Tenerife
- 1980: *Tristeza sobre un caballo blanco*. Edirca
- 2024: *Las islas van mar afuera*, Ediciones Tamaimos
- 2024: *Cuando la yerba era verde*, en *La memoria inmune* (edición privada)



ACADEMIA CANARIA
DE LA LENGUA

Archipiélago de las Letras

SOBRE ALFONSO GARCÍA-RAMOS

- Domingo, José. *Del seminario a la isla: Castillo Puche*, García-Ramos. En *Ínsula*, 1972, nº 302, p. 6.
- Domingo, José. *La novela española del siglo XX*. Barcelona: Labor, 1972. (T.2).
- Guerra Aguiar, Nicolás. *La narrativa canaria antes y después de "Fetasa"*. Alfonso García-Ramos. "Guad". En: *Literatura Canaria: Desarrollo del currículo: Bachillerato*. Santa Cruz de Tenerife: Consejería de Educación, Cultura y Deportes, 1997.
- León Álvarez, Aarón. *Alfonso García-Ramos*. Santa Cruz de Tenerife: Idea, 2008.
- Perera, José Miguel. *Literatura canaria con identidad (y más allá)*. Las Palmas de Gran Canaria: Ediciones Tamaimos, 2018.
- Pérez Minik, Domingo. *Isla y literatura*. Santa Cruz de Tenerife: Caja General de Ahorros de Canarias, 1988.
- Rodríguez Padrón, Jorge. La realidad mostrada. En: *Una aproximación a la nueva narrativa en Canarias*. Santa Cruz de Tenerife: Aula de Cultura de Tenerife, 1985, pp.85-150.
- Salvador Caja, Gregorio. Una novela en Canarias. En: *Cuatro conferencias de tema canario*. Gran Canaria: Cabildo Insular, 1977, pp. 67-94.

OTROS RECURSOS

[Conferencias impartidas por Alfonso García-Ramos en el Instituto de Estudios Canarios en 1976](#)



Archipiélago de las Letras

SELECCIÓN DE TEXTOS

De Guad (1971)

Entre la tristeza y el temor, reconócelo: tu pelota de trapo se quedó en el tejado un día cualquiera. No importa si el pantalón fuera corto o largo, en todo caso sudor y tierra llegarían a las rodillas, prendiendo directamente sobre la encallecida piel, traspasando el bolsón teludo en el que nunca pudo pintar bien la raya. Te quedaste ante el vacío, talmente como tarde de Viernes Santo donde juego, música, grito, hasta palabra en alta voz, estaban prohibidos.

La esfera que curva el viejo calcetín del padre sobre un duro corazón de crines saltó al tejado y no pudiste rescatarla, pues se había escapado aquella libertad de escalar muros, apedrear cristales y preparar una pequeña descarga eléctrica bajo el asiento del antipático profesor. Ahora eres otra cosa, te lo dijeron aquellos colores que saltaban a la cara ante el paso de la chica de altas cejas, la de la falda a cuadros que el viento ceñía a las piernas - ¡oh, qué piernas! -, la que con su andar de gatita en celo te hacía sentirte ridículo bajo la mugre de las polvaredas de otros tantos partidos de fútbol.

Murió el niño de ayer, pero no te apresures a enterrar su cadáver, no convoques las filas de escolares con coronas de flores, calla aquello de «angelitos al cielo» y no repiques campanas de gloria, que más bien estás para dobles. Porque su sombra te acompaña como la de un familiar fantasma, como la de un vampiro que robara la sangre de libertad que aún corre por tus tejidos. Estás preso en impenetrable maraña, llevas el viejo traje paterno al revés, el traje «virado» - uniforme de tu generación - con el bolsillo al otro lado. Domeñas la rebeldía del cabello con bastos fijadores para parecer persona seria, para que te tomen por caballero cabal, fiel a tu clase y a las buenas costumbres. No opinas, porque nada puedes opinar, porque todo está escrito entre los humos de una guerra que no hiciste y de la que apenas tienes confusos recuerdos. Otros humos, sin embargo, los llevas metidos en las entretelas más íntimas. Volutas de incensarios, de velas devotas, en la penumbra impresionante del templo por las que batían las olas solemnes del órgano y del latín gregoriano.

Humo negro del auto inquisitorial, allá en la gran plaza de los álamos desnudos y la dorada polvareda donde ardieron los libros herejes de don Benito, don Pío, Anatole France, aquella pérvida «Catedral» de Blasco Ibáñez y hasta algún libro del buen Quevedo, pues la cosa era llevar libros a la hoguera y todos los escritores, aun los que parecen más de derechas, son peligrosos. A cambio de ello, tu voz, las de tus amigos y compañeros, cantaron vigorosos himnos de contrición - no es lo mismo que atrición - en la procesión penitencial donde pecadores arrepentidos - algún viejo «rojo» por medio y el contumaz concubino que pidió sacramento matrimonial en primeras horas de la madrugada ante el infierno que le pintara el misionero - cargaban con cruces y cadenas.

14 de abril, Santa Misión. Confesiones en el cementerio, sintiendo en tus rodillas el aliento frío de los muertos, leyendo en las lápidas funerarias tu meta y tu sino, lamiéndote las carnes el



Archipiélago de las Letras

fuego del infierno, gritando que sí, que nunca volverían a entrar en lugares pecaminosos como ese cinematógrafo que fulminaba el dedo y la voz del misionero, ampliada por el primer micrófono móvil que viste en la isla.

14 de abril, Santa Misión. Este y no el otro es el importante. Del otro apenas te llega confusa memoria, algún anatema desde el púlpito o del señor serio y respetable, alguna vergonzante inscripción en cualquier muro por mano escondida y arropada por las sombras nocturnas que el mal calcáreo reparador no cubrió del todo. Algún guiño de complicidad entre los otros, los vencidos, los sin voz, los atemorizados del otro lado del muro, que todavía inspiraban terrores a tus gentes. Confiesa que a ti mismo, por ese recelo ante lo desconocido y condenado.

14 de abril, Santa Misión, para ponerte las carnes de gallina ante esas escapadas a la calle del piso de callaos y casas con mujeres repintadas que aplaceraban tus ímpetus carnales, por los achuchones con la bien plantada moza del campo; tanto da en el baile campesino que, por aquello de «quien más macho» - mago o señorito-, acababa siempre en trompadas y pedradas, que en concurrida procesión donde las apreturas de los fieles se hacían cómplices del diablo. Claro que te modelaron y tostaron para estos catorce de abril, que te enseñaron a rebatir las teorías de los filósofos «modernos» y agarrarte a la sotana inmovible de Santo Tomás de Aquino.

Tienes los oídos llenos de grandes frases que encienden el corazón y arrayan los ojos, frases que te hablan de imperios azules, de hogares con lumbres y mesas con pan, de hermandad entre los hombres y las tierras de España, frente a la feroz división del antiguo partidismo político. Y si no anduviste con pasos marciales y camisas al viento, culpa fue más que de formación, de tu incurable indisciplina.

La pelota se te quedó en el tejado y, con ella, muchas cosas que rompieron tus ojos maliciosamente abiertos. Por los rotos del manto de la retórica descubriste el jubón trapacero. Viste dogmatismos junto a corrupciones, verdades proclamadas y otras verdades reales como puños, y te nació entre las manos una libertad alicorta que voló enseguida hacia el escepticismo.

No eres ahora el niño que cree, ni el hombre que opina, eras barca sin norte que se deja mecer pero que no navega ni una braza. Perteneces a los de la oscura, cansada rebeldía, ni a los que gritan, ni a los pocos que siguen callando lo que un día dijeran a voz en cuello. A los que flotan simplemente.

No, el rompecabezas no anda bien. Le faltan o sobran algunas piezas. Pero no eres tú hombre para arreglarlo. Hombre manso, hermano menor de aquellos soldados que fueron a la guerra. Lo tuyo es obedecer y callar. Parecerte a los mayores, muchacho que llevas el traje de tu padre al que una hábil costurera dio vuelta a la tela para que pareciera nuevo. Uno más de los chicos del traje virado, con el bolsillo al otro lado descubriendo el fraude. Creciendo entre cartillas de racionamiento, órdenes y prohibiciones. Callar, asentir, estudiar. Mucho estudiar porque esa es tu salida. Tu salvoconducto para llegar a puerto seguro, al buen sobre a fin de mes que te ponga a cubierto de ser un desgraciado, de «un quiero y no puedo», del pelagatos siempre



Archipiélago de las Letras

abrumado por cuestras de enero, mayo o septiembre, por meses de cuarenta o cincuenta días, por facturas, trampas y otras espinas del mediano vivir.

Si no te gustaba mucho la carrera de Aparejador, tampoco estabas muy seguro de lo que querías ser. Igual daba una cosa que la otra y con menos vocación que ganas de acabar la carrera cuanto antes, te ves ahora con el título colgado en el salón de tu casa. Y tu Casa que para eso es antigua, seria y bien relacionada, te empujó a dónde estás, te buscó el primer trabajo en una galería de agua y entraste en la cadena de este negocio que para unos pocos pinta oros y para muchos pinta bastos.

Fue difícil luchar, más bien convencer a «los oros». La orientación que le dio el cura a la galería no era la acertada. Las medidas de la mina, canijas; apenas sin espacio para revolverse cabuqueros y carretilleros con una cierta seguridad. Lo primero te costó poco corregirlo - otra cosa fue el dinero y el tiempo perdido en el inútil zig-zag - pero por poco pierdes el empleo cuando insististe en mejorar las condiciones de la perforación. Eso era mucho gasto y desde el egoísmo de una comunidad de accionistas no se entiende el ahogo de un minero que apenas puede levantar la cabeza sin tocar el techo de la galería. Para eso hay que meterse dentro, conocer el encierro, las sombras, el calor, el miedo y el aire sucio y viscoso.

Pero tampoco tú puedes entenderte con la «piña». Te separa de ella la fosa de un barranco con lecho de cantos puntiagudos que te desgarrarían los pies. Están al otro lado del muro, son los extraños y vencidos. Los que estuvieron ante los fusiles de aquellos soldados que de niño despediste con agitar de banderitas de papel y lágrimas en los ojos, de aquellos soldados para los que tu madre y hermanas tejían pasamontañas y gruesos calcetines de lana. Entre los hombres de la piña y tú se levanta un telón de miedos y odios, en el que rebotan las palabras y el buen deseo de establecer una cordial comunicación. Todavía el recelo, el incurable recelo sobre el campo humeante de una guerra que va sobre tu espalda, aunque no tuvieras parte en ella.

Juan, Florentín, distintos, refugiados en su concha de silencios y recuerdos. Allá en el fondo de la mina con el sudor corriendo a chorros por los torsos desnudos y su voz retumbando por las paredes de la cueva. Antes, la tarde clara de octubre sobre el jable fresco y crujiente del desriscadero. Cuando llegaste en tu primera visita - reconoce que con el corazón bien apretado-, una carretilla vertía escombros en la explanada.

La mina empezó a perder luz con los primeros metros. Paredes y techumbre parecían crecer hacia dentro, como queriendo cerrar el paso.

-¿Seguro que tiene las medidas?

-Eso dicen... Si no, peor para nosotros que la transitamos. Lo que importa es hacer metros deprisa y cobrar.

Pronto el aire comenzó a enrarecerse y el corazón a golpear como un puño. La claustrofobia, sensación de ahogo que ataca los nervios y te da ganas de correr, de huir hacia la boca, al encuentro del sol y el aire puro.



Archipiélago de las Letras

-¡Cuidado con la cabeza que el techo baja!

El carretero que le acompaña hasta el frente sabe de memoria el camino. Se diría que podría andarlo a ciegas sin necesidad del candil. Su paso era rápido y seguro.

-Por la mañana vamos más deprisa, pero a estas horas y con tanto viaje las piernas se ponen bobas.

-¿Queda mucho?

-Poco falta ya, debemos andar por los mil metros.

-Se oye algo.

-El otro carretero que debe estar llegando al «chucho».

El «chucho» no es un perro. No te lo enseñaron en los libros de texto, pero se llama así en la galería a los puntos más espaciosos donde se establecen vías muertas para el cruce de las carretillas.

El que venía del frente relucía como un pez bajo los resplandores del acetileno en la piel sudorosa.

-¿Cómo va eso por allá?

-Con la tuya acaba el escombros. Los cabuqueros andan por media pegada.

-Hoy le dimos por los besos.

-Algún día tenía que ser. Dicen que el frente está muy duro.

Siguieron adelante. El uno como siempre: el que tú sabes, luchando con sus miedos.

-¿De por aquí?

-No, cristiano, pescador y de la Punta del Hidalgo.

-¿Cómo dejaste la mar?

-Cosas del poverío que se lo lleva a uno de acá para allá. Mi magua me queda, créalo usted.

Por el fondo de la galería apareció un punto de luz, incierto, pequeño, titilante. Luego creció hasta hacerse algo así como un limón grande, de un amarillo desvaído, espectral.

El suelo y las paredes vibraban ya con el estruendo de las perforadoras que el túnel repetía con mil ecos. La luz del fondo se hendía, se rompía en dos mitades, en dos llamas vivas unidas por un halo tenue.



Archipiélago de las Letras

-Muchachos, aquí está el ingeniero.

No solo le sobraba título, sino también manos. ¿Cómo tenderlas en gesto convencional a unos hombres que le recibían totalmente en cueros y bañados en sudor?

-¿Aprieta el calor?

-Todavía se aguanta bien. Más adelante será peor...

-Pero están ya desnudos.

-Es por la humedad. Aquí las ropas se pudren en un día.

Lo decía el termómetro: aún, veintiocho grados; más adelante se llegaría a los cuarenta. Pero peor que esto es el alto grado de humedad, casi al borde de la saturación, que deshidrata los cuerpos al no permitir que se evapore la transpiración.

-¿Se bebe mucha agua?

-De esta criamos ranas. Ayer nos bebimos entre los dos un garrafón de doce litros.

El candil descubría bien el frente. No había dudas, se trataba de un falso dique. Detrás de este aparecían otra vez los materiales escoriáceos. Estaba bien trazado. Con precisión casi geométrica los cabuqueros habían colocado los taladros: solitario barreno de techo, los tres de la bóveda, el de salida con dos a cada lado y, a ras del suelo, los de repisa completando la pegada. Todo bien preparado y distribuido para que cada cartucho al explotar dejara espacio a la onda expansiva del vecino. Buen trabajo y buenos cabuqueros.

Ahora Juan, el más viejo de ellos, volvía al frente tras recoger la dinamita del «chucho» más cercano. Despacio, casi ritualmente los cabuqueros fueron colocando los seis kilos de dinamita en los agujeros. Ni un estremecimiento al sujetar la mecha al fulminante apretándolo con los dientes.

El aire se adensaba por momentos.

-El viento ha cambiado fuera y la galería está respirando mal. Mañana la máquina tendrá que dar más aire.

Florentín dio fuego a las mechas, cada una de ellas de tamaño distinto para que no denotaran los barrenos a un tiempo.

Cuando quedaba por prender el barreno de salida corrieron al «chucho». Pronto llegó Juan, que lo había encendido.

La explosión cegadora convirtió la cueva en una catarata de luces, estrellas y globos de colores. El trueno sacudió las paredes y piedrecillas afiladas cayeron del techo. En la cara, la cachetada del vaho caliente y enseguida el penetrante olor a pólvora.



Archipiélago de las Letras

Los de la «piña» contaron atentamente las explosiones.

-Para mí están completas.

-Para nosotros también.

-Hay que andar con cuidado, pues barreno sin explotar es hombre muerto mañana.

-Buena explosión. Me pasaron los barrenos silbando.

-Mañana tendrán trabajo los carreteros.

-A los carreteros siempre nos tocan las «verdes».

-Pues cojan el taladro para que vean lo que es oro molido.

Cuando llegaron al aire libre, la tarde plateaba sobre el mar y todas las cosas, remontados bosques, aristadas rocas, jables y riscos, marchitos sembrados, árboles y matorrales, mostraban la immaculada pureza de sus colores, desdibujados durante el día por la luz deslumbradora de las Canarias. Era la paz de la atardecida, algo así como un baño de mar para nervios y músculos cansados, casi deshechos por la pesadilla del trabajo de la mina.

El encargado de la máquina, viejo y renegrido pellejo colgado sobre la alta percha de un esqueleto ya doblado por los años, puso en la sartén pescado y papas. Martín, el pescador metido a minero, punteaba en la guitarra y cantaba a media voz una isa marinera.

-Calla ya con tanta barca y tantos remos que nos tienes mareados.

-Más me tienen ustedes que no hablan más que de guerras y perrerías.

Se imponía terciar en el diálogo.

-¿Cuándo dará agua la galería?

-Calculo que después de los dos mil metros.

-Dicen que cuando hay «reventón» le dan una propina a los mineros.

-En unas sí y en otras no - dijo el maquinista. Cinco he visto parir y para mí no ha habido una peseta.

-Habrá que buscarse un nuevo trabajo para entonces.

Tampoco el mundo de las galerías andaba a derechas. Pero lo malo es que empiezas a comprender que este mundo es tan solo pieza de una más grande y monstruosa máquina atacada por un mal profundo. Por una enfermedad tan grave y poderosa, que tú, ayer muchacho del traje virado, y hoy, hombre de la mansa inconformidad, no tienes fuerzas ni arrestos para vencer. Ya lo sabes, lo tuyo es trabajar, aplaudir, callar y obedecer...



ACADEMIA CANARIA
DE LA LENGUA

Archipiélago de las Letras

De Teneyda (1959)

Irremediablemente había llegado su hora.

— Pues verá Vd., señor Justo, yo vine aquí y me dije: Las cosas son como son, y las cosas que se dicen se hablan. Las vigas paralelas y sobresalientes, las vigas tendidas sobre su cabeza, a modo de carriles por los que la vista escapa al fondo de la cocina.

Dos rectas paralelas por más que se prolonguen nunca se encuentran, decía una geometría elemental.

Las rectas paralelas se cortan en el infinito, podía leerse en otra, dos dedos más gruesa y cuarenta duros más cara. Pero para Sebastián, que no había pasado de la cartilla, todas las vigas convergían en esa penumbra del fondo donde apenas pueden distinguirse calderos y fogones.

Las vigas y los calderos serían un buen tema para el hablaje. A lo mejor el señor Justo se arrancaba diciendo que eran del tiempo de su abuelo, que si tal y que si cual. Y así, rodando por familias y cosas, aparecía la ocasión de proponerle el casorio con su hija.

—Buenas vigas tiene Vd., señor Justo.

—Regulares que son, sí señor.

—Y la cocina tiene que ser buena para el invierno, digo yo.

—Muy buena que es, sí señor.



ACADEMIA CANARIA
DE LA LENGUA

Archipiélago de las Letras

Señor Justo es de palo; a señor Justo no hay quien lo enrede. Y hay que hablar, porque a todo hombre le suena su hora y entonces no le queda otro remedio que echar palabras por la boca.

El palo de Sebastián va trazando un redondel sobre el suelo. Luego un entramado de rayas verticales y horizontales.

—Pues yo venía por lo de Adela.

Un palo es bueno para enhebrar palabras. Justifica la mirada baja y el que habla puede ocultar la vergüenza que le sale a la cara. Un palo es bueno siempre, que las palabras se enredan y el hombre se ataruga, pues se levanta la vara, se desloma al perro más cercano, y se sigue después platicando con toda tranquilidad.

—Pues verá Vd. que su hija siempre me da desprecio.

—Eso de desprecio... ¿Verdad hija?

—Lo que Vd. dice, padre, tanto como desprecio...

—Pues a cualquier cosa que yo le decía me viraba a espalda. Y entonces yo me dije: Sebastián, que tú no eres ni un pobre ni un baldado; lo que tienes que hacer es una finura para embobarla. Por eso se me ocurrió tirarle tres docenas de voladores juntas debajo de su ventana, pero salió Vd. con la escopeta y por poco no me mata.

De pronto, a medianoche, o de día también, con más frecuencia en los calores de verano, se oye el crujido de un mueble que estalla. El ojo y el tacto recorren minuciosamente la superficie buscando la grieta reveladora, pero fracasan en su intento porque mano y mirada son incapaces de llegar al fondo de esa tabla donde acaba de reventar un pequeño corazón de madera. Pero señor Justo no es todo de palo; se le nota algo, y la declaración del pretendiente le ha puesto una arruga risueña muy cerca de los labios.



ACADEMIA CANARIA
DE LA LENGUA

Archipiélago de las Letras

—Las cosas tienen que empezar derechas para que salgan bien. Mi hija se portó como debía, pues si yo me entero que le hace cara al primer hombre que le diga algo, del variscozo que le doy la deslomo ¿No, tú?

—Sí, padre, —dijo resignada la muchacha.

—Y en cuanto a lo de los cohetes, mi hija no es ninguna querindonga para que vengas tú con esos relajos.

—¿Relajos dice? Pero si hasta el cura tira cohetes y nada menos que a la Virgen. Vd. mismo echó dos docenas el año pasado como promesa que tenía.

Señor Justo se impacientaba con la terquedad del pretendiente.

—Yo tiro los cohetes, primeramente, porque suben para el aire mientras el aceite se queda abajo y a lo mejor se lo bebe el sacristán, y los tiro, segundamente, porque la Virgen está muy lejos y con el ruido se entera más pronto de que uno está agradecido. Pero mi hija no necesita de tanto ruido para saber que un hombre formal está por ella. Se te podía haber ocurrido otra finura cualquiera. ¿No dices tú lo mismo, hija?

—Sí, padre, lo que Vd. dice.

El viejo había soltado un cabo con todo disimulo y Sebastián empezó a recogerlo hasta dejar atracada la conversación en el punto que le convenía.

—Pues por la finura que no quede. Ya saben que a Sebastián no le falta una canasta de fruta o una becerro que regalar.

—Viniendo con buena intención no hay porqué virarle la cara. ¿Qué dices tú, Adela?



ACADEMIA CANARIA
DE LA LENGUA

Archipiélago de las Letras

—Lo que Vd. padre. Viniendo con buena intención...

El trasiego de palabras había llegado al momento difícil. Sebastián se hubiera echado un trago de estar en la taberna. Uno de esos vasos que se beben de golpe para pelearse con alguien o para soltar la parrafada que quema dentro. Sebastián que no estaba en la taberna dejó subir los ojos por la rampa del palo hasta encontrar la mano que lo empuñaba. Solo entonces se atrevió a mirar de frente a la muchacha.

—Pues, oye uno cosas y acaba con un lío en la cabeza. La cuestión es que la gente dice que entre Adela y su sobrino Antonio hay algo. Uno se entera de eso por ahí y pregunta, sin ofender, lo que pasa.

Las últimas palabras de Sebastián cambiaron en ira la complacencia que venía mostrando el viejo.

—Pues cuando uno oye eso por ahí lo que tiene que hacer es partirle la boca al que lo diga. Antonillo no es hombre para mi hija. Le hemos criado aquí desde que se murió mi hermana y como a un hijo se le mira. Es pobre, tan pobre como los que piden por la puerta. Para Adela es un hermano y los dos saben bien que si se les ocurriera mirarse de otro modo les partiría el lomo a variscazos. ¿Verdad, hija?

—Eso padre, Antonillo es como un hermano.

No lo dice la geometría, pero las líneas paralelas se cortan siempre. Los ojos, los de Adela y Antonillo tenían necesariamente que encontrarse bajo el mismo temor al dueño de la casa. En el principio fue la mirada y la mirada se tornó deseo. Antonio y Adela se buscaron y se encontraron en la oscuridad del granero.

—Como a un hijo o a un hermano se le tiene, si no, que lo diga ésta, —proseguía el viejo, machacón.



ACADEMIA CANARIA
DE LA LENGUA

Archipiélago de las Letras

—El padre dice bien; Antonillo no es más que un hermano.

La carrera de caricias emprendida en el granero quemaba una etapa cada tarde. De las manos al beso. El beso que empezó con un roce de labios crece a la bestialidad con el hábito. No desahoga nada porque es intento truncado, inútil de por sí, engendrador de más deseo.

Los labios que lo pueden, lo barren todo. De la mujer a la hembra, de Adela a su sexo, toda una senda llena de obstáculos: El temor al padre, los sermones en la iglesia, las consejas del pueblo... Pero los labios, hipócritas, dicen ir por otro lado. Piden una milésima nada más, una milésima más de carne cada día.

Los labios barriendo con todo, y Adela, que no conoce la pendiente por la que resbala, cediendo cada día un escalón nuevo, hasta que se entregó toda a su novio y le pareció su falta mucho menos grave de lo que había creído.

—Como a un hermano siempre se le ha mirado — repetía obediente la chica.

La conversación había llegado a un punto en el que Sebastián se sentía maestro.

—Pues para octubre, si es que nos arreglamos...

—Por el arreglo no creo que quede —contestaba receloso el señor Justo—. Pero octubre es pronto para lo mucho que hay que preparar.

— Para octubre las noches son largas y el casado encuentra menos fría la cama que el soltero. Así que para octubre si es que nos arreglamos. Vd. Sabe con lo que cuenta un servidor.

—Pues yo como pensar había pensado en las tierras de “Montaña Mocha”. Cuatro fanegadas bien hermosas, sí señor, para un matrimonio mozo que quiere trabajarlas.



ACADEMIA CANARIA
DE LA LENGUA

Archipiélago de las Letras

—¿Y las vacas también? —pregunta Sebastián, ya metido de lleno en el negocio.

—Las vacas a partir la leche y la carne, había pensado yo.

El palo de Sebastián vuelve a hacer círculos en el suelo.

—Pues verá Vd. lo que se me está ocurriendo, y es que los becerros queden para casa sin partir y así irá teniendo uno ganado para estercolar bien todas las tierras.

—Pues como ocurrírseme a mí, no se me había ocurrido; pero si es un empeño de los dos no quiero que les quede esa magua. ¿Qué dices tú, hija?

—Yo lo que mi padre diga. Siempre lo que mi padre diga.

De Tristeza sobre un caballo blanco (1979)

Capítulo 1

Tristeza sobre un caballo blanco. Tristeza gris, antigua y demoledora como una tarde de invierno sobre el mar. Olas oscuras que arrancan de lo más profundo, de lo más lejos, del fondo mismo del Océano, de los senos del tiempo, que suben a lomos de soberbias y rabias que se desbocan para morir en la pared negra del acantilado. [...] Melancolía es su nombre, tú los sabes bien, resaca de pecados pretéritos, algo que se lleva en la sangre, que mancha y hiere a generaciones y generaciones.

Capítulo 8

Los volcanes no se quedan bajo la tierra, la corteza es muy débil para contenerlos, conforman a los isleños a su imagen y semejanza: unos pocos los canarios de fuego, atormentados por la lava hirviente, inconformes, soñadores, propensos a la locura, dispuestos a quemar lo que no les guste, a quemarse ellos mismos en la aventura; otros pocos canarios del viento, a los que las islas se les hacen pequeñas para su vuelo, orientados como veleros al alisio que los deje en las



ACADEMIA CANARIA
DE LA LENGUA

Archipiélago de las Letras

inmensidades americanas; unos pocos más aunque cada día menos, canarios de la tierra, raíz inarrancable, dura, trepadora, que rompe la lava infértil y la transforma en campo de labor, que hace huertas escalonadas en las faldas de las más verticales cordilleras, que le roba espacio al barranco, que le roba espacio al mar, que estira la piel de la isla, que escarba en sus más hondas entrañas hasta encontrar agua; muchos, muchísimos más, la ¿abrumadora? mayoría, canarios aguados, corriente dócil y plegada al terreno, ciega y sorda, no importa si por el barranco o campo a través, si fecundadora o arrasadora, si discurre por canal limpio o alcantarilla negra, va por donde la lleven y empujen, lo mismo se pudre en un charco inmóvil que se despeña en cascada, riega los sembrados o los arrasa con la riada.